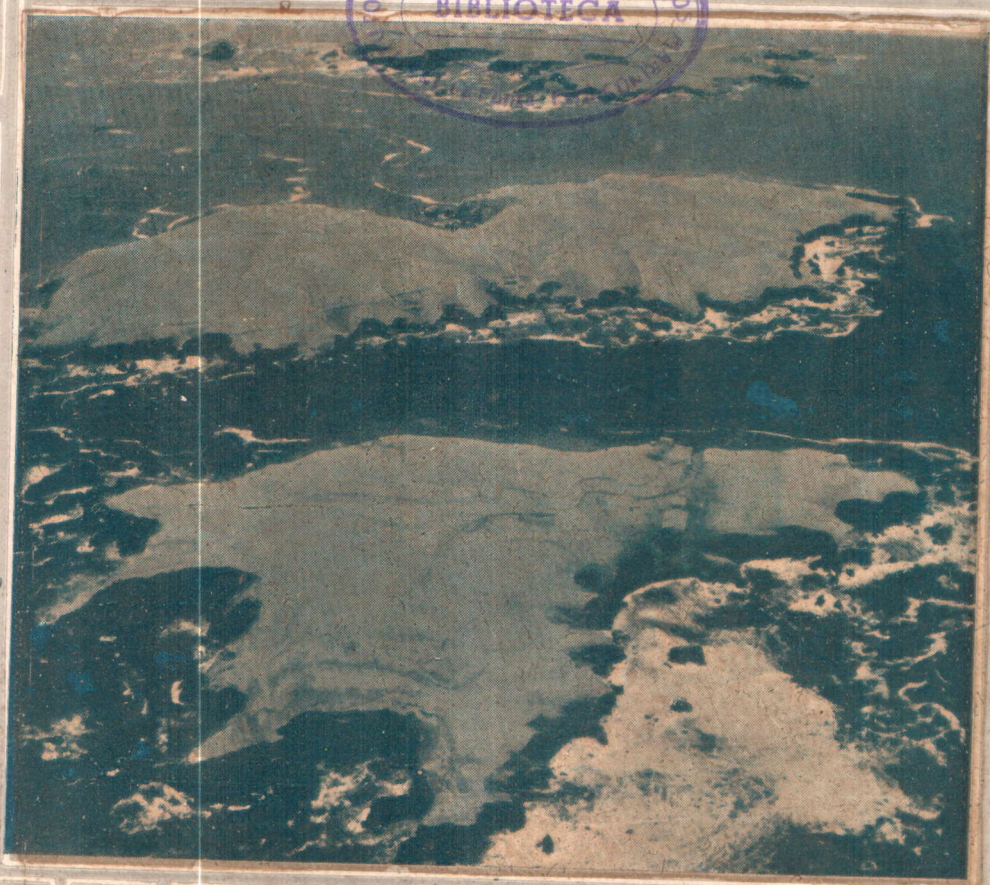


BOLETIN



DE LA
COMPANÍA ADMINISTRADORA
DEL GUANO

GEOGRAFIA

EL PERU

POR EL DR. ALBERTO GONZÁLEZ ZÚÑIGA.

Sugestivo desarrollo de un viaje imaginario descrito por el doctor Alberto González Zúñiga, a través de las tres zonas constituyentes del territorio nacional:

Costa, Sierra y Montaña; con descripción sutil de aquellas cosas que le son propias y que pueden dar lugar a despertar el interés del mundo.

¡Estamos en el Perú!

PARA aquellos que viajan al Perú y llegan a él, procedente del Norte, empleando la vía marítima, constituye una verdadera sorpresa, el brusco cambio de temperatura que se experimenta, al entrar el barco que los conduce en aguas peruanas. Los que ignoran estas circunstancias y han venido soportando el calor tropical de la zona ecuatorial, costa del Caribe, Panamá y Ecuador, no pueden menos que asombrarse ante tan sorprendente transformación climatérica. Y el viajero, atónito, cree interpretar en tan inesperado cambio, un saludo misterioso y cordial con que el país de los Incas da la bienvenida a sus huéspedes, y les recuerda que se hallan en sus dominios haciéndoles sentir las impresiones de su propio ambiente.

Las reacciones de los que experimentan de pronto la inesperada sensación de frío son idénticas: sienten la necesidad de reforzar sus ligeros vestidos. Es cierto que el hombre de ciencia absorto ante la

increíble sensación de frío, medita recuerda y compara. Y el turista sorprendido, busca un abrigo. Así, la rubia actriz que embarcó en Nueva York, cambia en seguida sus ligeras ropas por otras de casi definido invierno.

Mientras tanto, alguien anuncia:
—¡Estamos en el Perú!

En el trópico cálido, sin embargo hace frío.

Hace algunos minutos teníamos lluvia y calor sofocante. Era visible un panorama de vegetación exuberante. Nada se ha apartado de las pautas y cálculos técnicos. Nos encontrábamos entre los trópicos y cerca de la Línea Ecuatorial. No ignoramos que nuestro barco se halla frente a la costa ecuatorial.

Pero de repente, frente al límite Norte del Perú y sin abandonar la zona ecuatorial, del aire cálido, se pasa a la brisa fresca. El panorama representa una costa gris, seca y árida. Ha ocurrido un rápido vuelco. Una transformación que parece el pasaje veloz de campos y ciudades de una cinta cinematográfica.

—¿Por qué si estamos entre los trópicos nos asaltó el frío de repente?

—¿Por qué del paisaje exuberante nos trasladamos tan bruscamente al panorama seco y árido?

Prosigamos nuestro viaje y hallaremos en él pronto respuesta a tales interrogantes.

EL GUANO no es sólo un abono de aplicación industrial. También lo es de uso doméstico para los jardines, huertas y plantas en macetas. Solicite los saquitos de abono preparados para ese objeto.

El barco se desliza bajo un cielo lleno de nubes y entre espesa niebla. Es la proverbial "neblina peruana".

Observamos que nuestra nave retarda su marcha a pesar de que las máquinas redoblan su esfuerzo. Es un nuevo fenómeno de estas sorprendentes latitudes que se añade a los ya producidos en el clima y en el paisaje. Se navega contra una corriente de agua que, procedente del Sur, del Polo Antártico, marcha a una velocidad de 15 millas marinas por cada 24 horas. Esta corriente que tiene 150 kilómetros de ancho, conduce aguas frías de color esmeraldino y que están nutridamente pobladas de diminutos peces, especie de Sardinas que navegan gregariamente: son las Anchovetas. Lo esmeraldino de las aguas, el tono verdoso, se debe al Plankton; es decir, al inmenso material alimenticio —vegetales y animales microscópicos— del que viven los peces y las diversas especies marinas. Esta corriente es conocida con los nombres de "Corriente Peruana" o "Corriente de Humboldt", esta última designación fué dada en honor del insigne científico, Barón Alejandro Von Humboldt, quien la descubriera y la estudiara.

Fuera del curso de esta corriente, hacia alta mar llueve copiosamente, el viento sopla continuamente durante las 24 horas del día; las aguas superficiales del mar tienen las características de las de zonas tropicales; es decir, color azul marino claro y temperatura cálida.

En cambio, en la estrecha faja que surcamos cerca a la Costa, el viento calma durante la noche y la temperatura de la superficie de sus aguas es baja, fresca, como la de las zonas subtropicales y sin variaciones en relación a la Latitud. El color de las aguas cambia asimismo: ora verdinegro, ora gris, anaranjado o rojo.

Mirando ahora hacia la Costa, se observa una cadena de montañas que parecen levantarse en plan de conquista, cual si naciera del mar: son grandes ma-

cizas grisáceos de irregulares y elevadas cumbres. Crestas que a veces se ocultan en espesa aureola neblinosa y otras veces se muestran nevadas; o derretidas una y otra por el Sol. Se trata de la Cordillera de los Andes, que presentan un magnífico y espléndido paisaje marino-montañoso jamás igualado.

Las aguas de las playas marinas peruanas son limpias. Casi no existen desperdicios flotantes, ni materiales a la deriva, como suele suceder en casi todas las otras playas.

—¿Quién se encarga de hacer esta limpieza?

—¿Quién se lleva estos materiales?

—¿Se los lleva el viento?

—¿Acaso se apoderan de ellos los genios marinos que se creen ocultos en las entrañas de los Océanos?

Bandadas de aves marinas, en ir y venir incesante vuelan sobre las plomizas, aguas formando un cielo bullicioso, nutrido y movable, que bate el borde costanero. Parecen escuadrillas aéreas preparando un ataque. Planean en nutridas formaciones, "picando" la superficie del Océano para enseguida remontarse en elegantes giros, tras haber llenado los ámbitos cercanos a la Costa con el ruido de sus estridentes graznidos. No se ve en otros mares semejante cantidad de aves marinas.

Nuestra nave avanza, porque debe cumplir con su itinerario. Llega hasta nosotros fuerte olor amoniacal. Avanzamos con cautela como una persona que camina de puntillas para no despertar a otras que duermen. Puede que el Capitán haya dispuesto ese cuidado, temeroso de accidentes por la espesura de la niebla. Pero en ese caso habría ordenado el toque de sirena. Mientras quedamos perplejos ante la posible explicación de estos hechos, el acre olor amoniacal se ha hecho más intenso y el griterío de las aves es más ensordecedor, que ahoga el rumor de las olas que estallan en los acantilados próximos.

PROCURE UD. QUE el guano aplicado sea utilizado, en lo posible, por la planta cultivada. Reduzca al minimum las pérdidas en el aire, el agua de irrigación y las malezas.

Alguien nos saca de dudas. La cautela se debe a la proximidad de las Islas guaneras, famosas en el Mundo entero, pues, su posesión ha provocado guerras, trastornos políticos, felicidad y pobreza.

Al timonel de toda nave que surca estos lugares le está terminantemente prohibido causar la menor molestia a los 30 millones de aves marinas, productoras del "Guano Azogado, el mejor fertilizante natural del Mundo. Emporio de riqueza, que es inagotable por su constante producción.

A medida que progresamos en el viaje hacia nuestro destino, podemos apreciar diversas poblaciones, casi todas diminutas, aldeas de pescadores bastante atrasadas, así como algunos puertos pequeños, bahías y caletas, todas ellas naturales, una que otra espaciosa. Aún conservamos el grato recuerdo del Puerto de Chimbote, donde se está forjando los cimientos de una gran urbe marítima y cuya extensa, profunda y hermosa bahía es envidiada por más de una potencia mundial.

No nos sustraemos a efectuar un resumen de lo que hemos visto hasta ahora, y al hacerlo, reflexionamos sobre las agradables sorpresas que hemos experimentado a lo largo del viaje, sorpresas que han despertado nuestra admiración e interés. Nos parece entonces que a esta parte del Perú se le debe llamar con justicia y exactitud, a causa de sus particularidades y propiedades: *Primer Perú o Perú de Agua*. Al respecto, veremos más adelante que nosotros hemos contemplado el país en *cuatro partes completamente distintas, cuatro poderosas unidades económicas, cuya producción es complementaria y no competidora*.

Hemos llegado al final de nuestro viaje marítimo, a el Callao, primer puerto peruano y uno de los más importantes de este lado del Océano Pacífico.

En época de la Colonia y del Virreynato su cercanía a Lima, lo hizo en más de una ocasión, objeto de audaz asalto

de los piratas, filibusteros y otros ladrones de mar, que generalmente atacaban en alta mar las naves españolas que, cargaban oro, plata, piedras preciosas y otros tesoros de el Callao rumbo a España. Lima, cantada por los poetas como la "Perla del Pacífico", figuró también para los asaltos, en los Mapas de los corsarios.

El ajetreo en este puerto es igual al de todos los grandes puertos. Constante y agitado movimiento; vocerío de estibadores, rechinar de grúas cargando y descargando bultos; líneas férreas con durmientes negros y aceitados; tripulantes, empleados, control de aduana, cantinas y bares con nombres sugestivos. Los idiomas de las cinco partes del Mundo, bien o mal hablados, se escuchan por doquier.

Por más que en Nueva York hayamos visto a las chicas que mascan "chewing-gum" o sea el "chicle"; a boxeadores fornidos, púgiles de torsos herculeos y gestos grotescos; y por más que nos hayamos recreado en el viejo París, contemplando el Arco del Triunfo, sus Campos Eliseos y aunque evoquemos Montmartre, la sombra de Napoleón y la de Hugo, y a las famosas "grissetes" y a las inolvidables "minedenettes"; por más que estos recuerdos se agolpen a nuestra memoria junto a otros muchos, de todos modos será para nosotros muy grato recorrer este país, que cada día obtiene más brillo en la astral constelación de las naciones.

La horrorosa y última conflagración mundial, felizmente ya concluída, sirve, no obstante sus trágicas proyecciones o quizás como consecuencia de éstas, para que el Perú pueda exhibir, hoy, la imagen de un progreso cada día más pujante, aún, cuando se halle en su etapa incipiente.

Volando en pos del Amazonas.

Vamos a iniciar ahora, como característica de la época, una rápida excursión

aérea hacia Iquitos, en procura de la misteriosa y fantástica Selva Amazónica, y para observar de paso nuestras diferentes Regiones, obteniendo de este modo la impresión panorámica de todas ellas, que ha de ampliar nuestro concepto cabal de la grandeza del prodigioso Perú. Posiblemente nos aguardan nuevas sorpresas, que esperamos con agrado, dispuestos a aumentar el caudal de nuestros conocimientos y a iniciar el análisis de las novedades que absorban nuestra contemplación. No sólo será así para nosotros; también para el mismo hombre de ciencia, el industrial, el agricultor, el militar, o la bella rubia neoyorkina en gira turística sobre el Perú.

En una fresca mañana nos hallamos en el cómodo aeropuerto de "Limatambo", que se halla a escasos minutos de la ciudad de Lima, Capital de la República. Este se encuentra todavía envuelto en las brumas del amanecer y del sueño, aunque ya da señales de despertar para reanudar el cotidiano hormigueo de sus multitudes. Saldremos para Iquitos, en pos del Amazonas, atravesando el país casi perpendicularmente al litoral. Nos espera un poderoso bimotor con las máquinas listas. Vamos hacia el Oriente peruano verde y milagroso o sea hacia aquel Perú rico e ignorado, hacia el Perú Verde. Y pensamos que es venturoso el pasajero de avión que elimina, con la navegación aérea, los grandes obstáculos geográficos.

Mientras esperamos en el hall del aeropuerto, adiestrados mecánicos preparan el enorme cetáceo de acero para dar el gran salto; lo tiran, calientan el motor y lo remolcan mediante el auxilio de una especie de tractor, como si estuvieran entrenándolo para que trajine sobre sus ruedas.

Por fin, estando preparado todo, se oye el llamado clásico:

—¡Listos! ¡Pasajeros para Iquitos!

Nos instalamos a bordo del avión de la Panagra un poderoso y elegante bimotor. Su confort y elegancia que rodea,

especialmente, en la cabina del gran pájaro mecánico nos hace sentir hasta cierto punto una sensación de seguridad.

La faja de arena prisionera entre el Mar y la Montaña.

Emprendido el vuelo, nuestro avión avanza a regular velocidad, dejando bien atrás la urbe limeña, rodeada por magníficos campos de cultivo.

A poco volamos sobre una extensa zona de arena que parece prolongarse al infinito. Un desierto inmenso se desenvuelve bajo de nosotros mostrándonos un nuevo y singular fenómeno de la Naturaleza.

—Pero, ¿todo es desierto?

—¿Existe en el Perú una especie de segundo Sahara?

No es así, por cierto; el desierto de arena ocupa tan sólo una estrecha faja, y se muestra como un caprichoso cuchillo gris, abandonado junto al mar y al pie de las montañas andinas, ante las cuales se detiene. El desierto ocupa la mayor extensión de nuestra Región Costanera, dándole su característica a este Segundo Perú o Perú de Arena.

Generalmente no existe desiertos cerca al mar. Así, el desierto del Sahara cubre el corazón de Africa. En Australia los desiertos se hallan solamente en el interior. La estepa rusa, semiárida está en el centro de la Unión Soviética y, finalmente, el desierto de Gobi en Mongolia se encuentra en la parte central del Continente Asiático. Pero aquí, en el Perú, está el desierto junto al mar, escapando de la regla fijada por la Naturaleza.

Observamos que sobre la estrecha cinta de arena y casi perpendicularmente a ella corren débiles ríos; un poco más de medio centenar de éstos, parten de la cadena Occidental de la Cordillera de los Andes, conservando avaramente sus propias cuencas, y muchos de ellos llegan cansados a encontrarse con el mar.

A la desembocadura de estos ríos se encuentran pequeños oasis aislados, pero con exuberante vegetación. Fronteras

secas separan una desembocadura de otra. Dentro de esos diminutos y florecientes islotes de vegetación, emergen aldeas y pequeñas ciudades. Algunas de ellas, son puertos naturales, que dan la mano a barcos anclados mar abierto por intermedio de vetustos muelles. De estos oasis donde vive el habitante costeño, parten pistas y paralelas de hierro. Son los caminos del progreso que van hacia el interior del país: verdaderas punciones de la Cordillera de los Andes, unas; otras, son caminos que corren a través del desierto, en dirección paralela al Océano Pacífico.

Tan sólo ha transcurrido media hora de vuelo, y nos vemos obligados a abandonar el *Perú de Arena*, extraña faja de arena, aprisionada entre el inmenso Océano Pacífico y el Ande Soberano.

Mientras el avión aumenta el trepidar de sus motores ganando mayor altura, como quien evita un tropiezo peligroso, reflexionamos en la enorme y oculta riqueza que contiene esta faja de tierra, ávida de agua, que parece esperar la contribución de la ciencia y de la técnica para poder rendir sus frutos.

Un pájaro de acero a cinco mil pies de altura.

Como si respondiese a la sublime consigna que nuestra aviación tiene por lema: "Arriba, siempre Arriba", el avión que nos conduce inicia un vertiginoso ascenso como cansado de marchar dentro de nubes densas y como en busca de espacios luminosos cerca del Sol. Venciendo obstáculos geográficos, se eleva hasta más allá de 5 mil metros sobre el nivel del mar, en un salto prodigioso de Icaro moderno. Ciertamente que conquistar el Cielo es dura empresa, no exenta de dificultades y trastornos que hombres y máquinas sufren con la altura.

Nos molesta una especie de angustia; la respiración se hace dificultosa, casi asmática; se tiene sensación de mareo,

como si el vacío se sintiera en la cabeza. Son unos cuantos de los deplorables efectos fisiológicos que experimentan la mayoría de los viajeros aéreos, al saltarse casi bruscamente desde el nivel marino a 4 o 5 mil y más metros de altitud.

En cuanto a las máquinas voladoras, verdaderas usinas de fuerza, sufren igualmente algunos trastornos; pierden casi la mitad de su potencia efectiva; las hélices parece como que se cansaran, debiendo revolver una capa más ancha de atmósfera para realizar el mismo trabajo, lo que obliga a aumentar el punto máximo que determina el ángulo, para que deba morder bien el aire.

Felizmente las molestias que experimentan los pasajeros y los trastornos de las máquinas se remedian con cierta facilidad, mediante la adecuada combinación del compresor, la variación de la hélice y el cierre hermético de la cabina. El eficaz rendimiento de las máquinas y de las hélices se restablece así como el bienestar y comodidad de los pasajeros.

A 200 kilómetros, más o menos, en línea recta, de la ciudad de Lima, encontramos mucha luz y cielo limpio. Mientras sobrevolamos cerca de la vertiente Occidental de la Cordillera de los Andes, gigantes de granito elevan sus áridos picos a gran altura. Declives violentos, desnudos, con hondonadas muy irregulares, cerradas por montañas, a veces, cubiertas de nieve; son las características principales de este lado de los Andes.

La Naturaleza parece no haber tocado casi los diversos pliegues que forman tales declives, estando muchos de ellos trabajados por el hombre en "andenerías"; es decir, pequeñas zonas de cultivo ganadas en valiente pelea; diminutos, pero útiles espacios sembrados, que vistos desde las nubes cobran un aspecto sumamente pintoresco y llamativo.

Durante el vuelo, ningún paisaje se detiene. La variación es constante. A picos escarpados y filosos, suceden cum-

bres pizarrosas aplanadas, semejando gigantescas mesas. Esparcidas caprichosamente se divisan aquí y allá, pequeñas poblaciones, verdaderas "ciudades de bolsillo", casi todas aéreas, pues se hallan ubicadas a alturas que varían entre 2 y 4 mil metros sobre el nivel del mar, y otras que se aprecian más elevadas todavía.

Admirando las monumentales elevaciones de que hace gala la milenaria Cordillera de los Andes, nos interrogamos mentalmente.

—¿Cuáles habrán sido las inmensas fuerzas telúricas que originaron estos formidables levantamientos de montañas?

—¿Qué cataclismos produjeron su arrogante erección?

—¿Qué encieran en su seno tan gigantescas masas de piedra?

Tales preguntas son bien difíciles de contestar. Quién sabe quedarán perpetuadas en las mismas moles que nos indujeron a formularlas.

Ahora nos toca observar las prodigiosas obras de ingeniería peruana, que han sido los jalones esforzados que señalaron la senda de nuestro progreso. De la cabina del avión observamos sin mayores dificultades lo que ocurre allá abajo: zigzag de paralelas metálicas y de caminos cerreteros suben las montañas, encarándose curiosamente, de curva en curva, hasta llegar cerca de 5 mil metros por sobre el nivel del mar.

Volamos ahora sobre la unión de los 3 gigantescos brazos de la Cordillera Andina, que paralelamente penetra al país por el Sur. Se destacan de inmediato 2 cadeñas de altas montañas, mientras una tercera, como si reconociera su menor importancia parece ocultarse entre las 2 primeras. Es un espectáculo majestuoso y admirable. De pronto en medio de tan pétreo panorama surgen del suelo dos altas chimeneas que lanzan humo sin cesar, una de las cuales está considerada como una de las más altas chimeneas del Mundo. Estos pigmeos de acero

se encuentran al lado de los ciclopes de piedra. Son las chimeneas de la Fundición de la Oroya, en la que se funden en inmensos crisoles, enormes cantidades de minerales de cobre, oro, plomo, bismuto, antimonio y otros.

Las altas chimeneas han resuelto el grave problema de otros tiempos, cuando el humo producía, trastornos y males en aquella zona por la acción de sus venenos sobre plantas, animales y hombres. Hoy, el humo, gracias a esas dos altas chimeneas es arrojado hacia las alturas, llevándose extraordinaria riqueza, como si expeliera dinero hacia las nubes.

Ante nuestra vista el paisaje comienza a transformarse. Desfilan valles aislados unos de otros y situados en grandes alturas, parece como que estuvieran escondidos de la civilización. En ellos se encuentran pequeños villorrios. Por entre los valles, corren ríos que van engrosando sus aguas unos a costa de otros; por lo que se ve, no van a parar al Océano Pacífico: se pierden por entre las montañas para desembocar en afluentes del Titicaca o en los tributarios del Amazonas.

Un mundo perdido: Florestas vírgenes.

Nos alejamos de las últimas estribaciones del Ande. En el horizonte recorta su mole gigante la última cadena de la espina dorsal del Perú, y el avión vuela a menor altura, como fatigado, dejándonos apreciar valles más amplios y llanos, surcados por ríos que originan, a veces, grandes caídas, aún cuando los declives de las pendientes, por lo general, son menos pronunciadas. La vegetación es variada; y el tipo cambia de un nivel a otro.

Nos despedimos de las elevadas cimas andinas, cuyas siluetas inmóviles se pierden ya entre las nubes. Nuestro avión vuela raudo y ágil deslizándose vertiginosamente y llevándonos hacia esa extensísima región de la floresta virgen, cerra-

da a Occidente por la Cordillera de los Andes y perdida al Este por su continuidad natural en un montón de verde. Se tiene la impresión de entrar de golpe en un Mundo encantado. La belleza natural de ese mar de sombras vegetales cuyo verde oscuro oleaje crece cada vez más, sobre pasa cuanto puede figurarse la imaginación más fantástica.

Contemplando cómo desfila ante nuestra vista la inacabable sábana de lujuriente vegetación nos preguntamos:

—¿Están poblados estos inmensos y asombrosos territorios?

Ellos dan la impresión de maravillosas zonas despobladas, como si la Selva rechazara la civilización. Pero, la exuberante vegetación, con toda la gama del verde, nos está diciendo que la tierra tiene que ser allí muy fecunda.

Admiramos también caudalosos ríos de cursos diferentes y espléndidos remansos de brillantes sorpresas naturales.

Volamos sobre extensiones donde el caudal de agua de repente se sosiega. Circulan por sus lechos primitivas embarcaciones: son las balsas conducidas

por aptos y valerosos tripulantes, que van contra la corriente o a favor de ella, según les interesa.

Sobre el caudaloso Amazonas se contempla la Ciudad de Iquitos, primer puerto fluvial del país. Sabemos todos que a éste arriban barcos de apreciable tonelaje, naves procedentes de los 7 mares. Circundado está Iquitos por tierra llana arrancada a la Selva y cultivada con esfuerzo. El sembrador de estos lares entabla lucha con la Naturaleza; no dispone de buenas herramientas, y siempre está a punto de ser vencido por la exuberancia y el desorden. Por algo llegará a ser este territorio, en un próximo porvenir, el punto de partida de grandes transformaciones.

Hemos realizado una misión de reconocimiento físico sobre casi la totalidad de la extensión de este vasto y accidentado país. Confío, pues, que mis lectores habrán recibido, no sólo una impresión de este maravilloso país que ha de ocupar uno de los puestos de avanzada en el concierto de los pueblos del Mundo.



EL GUANO no es sólo un abono de aplicación industrial. También lo es de uso doméstico para los jardines, huertas y plantas en macetas. Solicite los saquitos de abono preparados para ese objeto.